



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

ÉPOCA 2.^a

NÚM. 5.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 34 rs. — Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Plaza de San Jorge, imprenta de José Riús.

Se publica todos los domingos.

Valencia 4 Setiembre 1864.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Luis Fabra y Cervero. — El tribunal de las aguas de Valencia, (conclusion) por D. Eduardo Atard. — Cositas sueltas, (conclusion) por D. Enrique Gaspar. — D. Ventura Ruiz Aguilera, por D. D. M. Rayon. — Baden-Baden. — Al sol, (poesía) por D. Félix Pizcueta. — Noche estival: Contemplacion; (poesía) por D. Jacinto Labaila. — La mano ardiente: tradicion, por Rafael Blasco (continuacion).

Láminas. D. Ventura Ruiz Aguilera. — Fonda llamada de la corte de Baden (en Baden).

REVISTA DE LA SEMANA.

Sabido es que el trato social ofrece variadas y múltiples manifestaciones.

La mas ambicionada generalmente y la mas perjudicial, en mi concepto, es el trato de confianza. Pues así como del sublime al ridículo no hay mas que un paso, así de la confianza al desprecio, corto es el camino que hay que recorrer.

Ser de confianza equivale á ser despreciable:

y el individuo que consigue ser tratado de este modo, desde luego puede hacer abstraccion de su delicadeza y sufrir todas las inconveniencias sociales inherentes á ese trato íntimo y afectuoso.

Y esto no deja de tener su fundamento: por regla general el hombre encubre sus debilidades bajo cierto barniz soluble solo en el seno de la confianza, y una vez desprendido de este adorno y eclipsada la aureola que le circundaba, queda convertida en un pobre hijo de Adán cargado con la herencia de sus padres.

Hé aquí por qué he calificado de perjudicial dicho trato; y por esta razon pocos son los matrimonios que no vislumbren en su horizonte alguna ligera nube, y por lo mismo, raros los ejemplos de Pilades y Orestes.

El hombre es enemigo mortal de la monotonia y busca la variedad á todo trance, como lo prueba aquel popular epitafio:

*Estaba bien, y por estar mejor
Aquí me puso el señor Doctor.*

Todos estos argumentos aducidos *á priori* vienen á robustecer esta consecuencia: hace poco saludamos al verano con la sonrisa en los labios, y hoy que le vemos en estado de decadencia le despreciamos profundamente.

Por la sencilla razon de que le hemos tratado como á un amigo de confianza, hemos conocido sus debilidades (que ya habiamos olvidado) y nos aburre su trato íntimo y empalagoso.

En cambio esperamos con ansiedad la lle-

gada del otoño, con el afán egoísta de que tal vez esta nueva época del año hará renacer las ilusiones que el verano ha desvanecido.

Y así cruzamos la vida entre ilusiones y desengaños, esperanzas y recuerdos, que todo ello

*¿Qué son sino corredores
Y la muerte es la celada
En que caemos?*

Mas antes de abandonar el verano y sus calores naturales, debemos ocuparnos del fuego, aunque no sea mas que por razones de identidad y analogia.

Este elemento destructor ha sido el predominante durante la última época, y los incendios se han menudeado de una manera horrible.

Al de Limoges ha sucedido el de Almoradí, pueblo de la provincia de Alicante, á éste el de Collado Mediano, provincia de Madrid, otro en uno de los bosques de Sicilia, y finalmente, el de la estacion del ferro-carril de Zaragoza, en Madrid.

Como todos estos sucesos no pueden menos de dejar impresas profundas huellas, lamentamos dichas desgracias y deseamos que no se reproduzcan con tanta frecuencia.

Murmuremos por última vez del verano.

Esta época lleva en sí cierta decadencia y languidez que se comunica á todo lo que existe. Y por lo mismo, pocos son los acontecimientos que se realizan en la esfera de los hechos y en la de las ideas.

El que ha logrado llamar la atencion úl-

timamente, ha sido el viaje de S. M. el Rey de España, que de regreso á nuestra Península continúa siendo objeto de las mismas demostraciones que en la corte del vecino imperio.

Entretanto la muerte ha llenado allí de luto á una augusta familia; nos referimos á la de la princesa Czartoryski, cuyos funerales se han celebrado en París con gran pompa.

Un inmenso gentío ocupaba el 24 la iglesia de San Luis en 1.^a Ile, en donde se tributaban los últimos honores á la princesa, hija de la reina madre de España y del duque de Riánsares. La princesa ha sucumbido á la edad de 27 años, después de una larga y penosa enfermedad.

La reina Cristina, que habia desembarcado hace dias en el Havre, solo pudo al llegar á París recoger el último suspiro de su hija. Esta muerte renovaba las mas crueles heridas en el corazon de aquella madre que ha perdido sucesivamente tres hijos, el duque de Tarazona, la princesa del Drago, que habitaba en Roma, y la princesa Cristina, esposa del marqués de Campo Sagrado.

El cuerpo de la princesa Czartoryski se hallaba espuesto en uno de los salones del palacio Lambert fúnebremente adornado. Un gentío inmenso ha invadido durante tres dias consecutivos la habitacion mortuoria.

Era imposible penetrar en este palacio sin recordar las tristes pruebas por que en tan poco tiempo ha pasado el príncipe Czartoryski, la muerte de su padre el venerable príncipe Adam, el martirio de su patria, y la irreparable pérdida que hoy lamenta.

A las doce, el convoy se dirigia á la iglesia de San Luis. El féretro de la princesa, cubierto de ramos, y de coronas, habia sido colocado sobre un magnífico carro fúnebre tirado por seis caballos.

Presidia el duelo el príncipe Ladislao Czartoryski, su hijo, de edad de ocho años, que todo el mundo contemplaba enternecido, y el príncipe Witold Czartoryski.

Un suntuoso catafalco á cuyo alrededor vinieron á colocarse los discípulos de la escuela polaca, ocupaba el coro, demasiado pequeño para las personas que formaban la comitiva.

Concluida la ceremonia, el féretro quedó depositado en la iglesia, desde donde saldrá para Rueil, cuyo cementerio encierra ya los despojos mortales de los tres hijos de la reina madre.

Abandonemos estas escenas de luto y de tristeza y ocupémonos de sucesos mas agradables.

Las frescas brisas que nos han acariciado estos últimos dias, parece que han removido las dormidas inteligencias, y las ideas comienzan á traducirse en hechos.

El proyecto y presupuestos del nuevo hospital que va á construirse en París han sido presentados al emperador, y se edificará cerca de la iglesia de Nuestra Señora; para ello desaparecerán catorce calles y nueve iglesias de la edad media, reformándose por completo la distribucion de vias de la Cité.

Entre los aficionados á la bibliografía corre muy válida la voz de que ha sido hallada en los cimientos de un edificio recientemente deruido, en Catania, la parte de los *Anales de Tácito*, que contenia el reinado de Calígula, y que por espacio de tantos siglos ha permanecido oculta. De desear seria que los amantes de la literatura latina se apresurasen á dar á luz un documento tan importante como curioso.

En Lyon se están haciendo experimentos con una locomotora destinada á subir grandes pendientes. El nuevo sistema está basado en el principio de dinámica que se observa en la progradacion del hombre y de la bestia. Consiste en aplicar la ley de la inercia, de modo que el brazo de la palanca en la rueda desde el punto de apoyo, vaya siempre delante del centro del movimiento. En virtud de este in-

vento, aumentase considerablemente la resistencia al resbalamiento sobre el plano indicado, de suerte que las ruedas nunca pueden girar en sentido contrario, la seguridad de los viajeros no queda comprometida, y se resuelve así uno de los problemas mas difíciles de la mecánica aplicada.

Estamos convencidos de que todos estos proyectos llegarán á sazón durante el deseado invierno y de ello nos felicitamos anticipadamente.

No terminaremos nuestra revista sin dar un adios, á fuer de consecuentes, á los amigos que nos han abandonado y de cuyo amable y distinguido trato conservamos muy gratos recuerdos, el apreciable poeta D. Teodoro Martel Fernandez de Córdoba y Doña Faustina Saez de Melgar, directora de *La Violeta*.

LUIS FABRA Y CAVERO.

EL TRIBUNAL DE LAS AGUAS

de Valencia.

(Conclusion.)

III.

El tribunal de las aguas de Valencia, tan encomiado de propios y extraños, no es propiamente sino un jurado encargado de aplicar en un procedimiento sumarísimo y verbal las multas impuestas en las ordenanzas por infracciones cometidas en los riegos (1).

Un jurado con todas las ventajas que á esta institucion atribuyen sus encomiadores y sin los inconvenientes que le encontramos, los que no consideramos el establecimiento del jurado, un verdadero progreso en la administracion de justicia.

Las ocho acequias, que dejamos mencionadas en el artículo anterior, rigense por sus ordenanzas y segun ellas eligese un acequiero ó síndico.

Los síndicos, entre otras de las atribuciones de su cargo, tienen la de componer el tribunal.

El de la acequia de Moncada, sujeto á la jurisdiccion del Real patrimonio, no forma parte del tribunal. La llamada de *Cuart*, como se divide en dos, conservando la una de ellas su primitivo nombre y tomando la otra el de *Faitanar*, elige dos síndicos, que las rigen con independencia y que forman ambos parte del tribunal.

Son pues, ocho, los jueces, síndicos ó jurados.

Reúñese el tribunal los jueves de todas las semanas, de once á doce de la mañana, á la puerta de la Catedral, llamada de los Apóstoles, que dá á la plaza llamada vulgarmente de la *Seu*, de donde sin duda vino el llamar al tribunal de los acequeros de la *Longeta* de la plaza ó *Cort de la Seu*.

La eleccion del sitio no tiene mas acertada esplicacion que la de su mismo origen árabe, que viene á confirmar, en armonía con las costumbres de los pueblos orientales, de administrar justicia á la puerta de las mezquitas.

Sabido es, que el templo que Publio y Gneo Scipion levantaron á Diana, y que los Godos consagraron al Salvador, fue durante la dominacion árabe dedicado á Mahoma, y entonces sin duda acudieron los acequeros á la puerta de él á constituir su tribunal. En la primera conquista de Valencia, el Cid Conquistador dió la invocacion de San Pedro, y cuando conquistó la ciudad el Rey D. Jaime, consagró á María Santísima la que habia de ser Catedral de Valencia. Como en el cuadro pintado por el Sr. Ferrandis es de un bellí-

simo y original efecto artístico, el arco ogival que, sirve como de dosel á los jueces, ornado por mal conservadas imágenes de piedra de desconocidos personajes, que parecen eternos y misteriosos testigos de los fallos de los hombres, en el terreno moral y religioso, es tambien de indudable efecto el sitio de reunion del tribunal.

Siéntanse los jueces al aire libre, oyen y fallan todas las reclamaciones y todas las denuncias que motivan las cuestiones y transgresiones de las ordenanzas en los riegos.

Prévia la citacion hecha por el guarda de la acequia en cuyo distrito ha sucedido el hecho que dá motivo al juicio, comparecen las personas á quienes se hace cargo por el guarda ó tercero interesado.

Todos, sin distincion de clases ni personas ni escepcion de ningun género, están obligados á acudir á la citacion, y, si no lo hacen á la primera, se les cita por medio de un alguacil.

El síndico de la acequia en que se ha causado el daño es el que formula los cargos.

Los interesados discuten y defienden por sí mismos sus derechos sin ayuda de procuradores ni abogados.

Empléase generalmente el dialecto valenciano y empléase un tecnicismo relativo á la sub-division de los canales, y á las operaciones del riego, que en muchas de las voces denuncian un origen árabe.

Admitense las justificaciones en el acto, si en el acto se presentan, y cuando éstas no pueden presentarse en el mismo dia, ó se acuerda el reconocimiento pericial, suspéndese el juicio.

Presentadas y oídas las justificaciones, discútese la cuestion por los síndicos, haciéndose separar á los interesados, y se falla por mayoría de votos, careciendo de voto el síndico de la acequia como mayor garantía de la imparcialidad del fallo.

El es el que, llamados de nuevo los interesados, publica la sentencia.

Cualesquiera que sean los negocios siempre son instruidos y juzgados verbalmente.

El fallo es inapelable y por lo tanto egecutivo.

El síndico de la acequia á que corresponde, que como hemos visto es tambien juez instructor y acusador, es tambien el encargado de llevar á efecto el fallo procediendo tambien de plano, impetrando en caso necesario el auxilio de la autoridad administrativa.

Es tal el prestigio de que goza este tribunal en el pais y la idea que se tiene de su proverbial rectitud que, hasta hay quien asegura, que *no se tiene noticia de que jamás se haya pronunciado una sentencia injusta* (1).

IV.

Hemos dicho que calurosa y afortunadamente defendido, cuando algunas veces ha sido combatido ó amenazado, *El tribunal de las aguas de Valencia* ha sido, es hoy y será probablemente por mucho tiempo el mismo en la esencia y en la forma.

No creemos propio de la índole de estos estudios, atemperada á la del periódico para el que escribimos, descender al análisis minucioso de los fundamentos histórico-legales de esta asercion, y remitiendo á aquel de nuestros lectores, que desee conocerlos, á las obras que intencionadamente dejamos citadas, las reseñaremos ligeramente para concluir, deteniéndonos en el porvenir que al *Tribunal de las aguas* hemos indicado.

Desde muy antiguo ha tenido contrarios y competidores *El tribunal de las aguas*.

Ya D. Jaime II, en 1318, decidió á favor del mismo la competencia suscitada por el Justicia de Valencia, y lo mismo acordó tambien

(1) Proyecto de una ley general de aguas, formado por la comision, creado al efecto por Real decreto de 27 de Abril de 1859.—Exposicion de motivos.

(1) Madó: Diccionario Geográfico, tomo 15, página 410.

algunos años antes respecto los bailes generales.

Todos los monarcas de Castilla, cuantas veces se acudió á ellos, acordaron que se continuara observando la costumbre antigua, mandada guardar por el Rey D. Jaime I.

Las cortes del año doce, dignas, por tantos conceptos, de alabanzas, establecieron en la Constitucion los saludables principios de la unidad de fuero y uniformidad de la legislación; pero en estos como en otros muchos puntos, fueron demasiado absolutos en las aplicaciones, y el tribunal de las aguas de Valencia necesitó para no quedar suprimido, de la defensa de celosos patricios, entre ellos la del valenciano ilustre D. Javier Borrull, cuyo elocuente discurso es digno de leerse, y fue coronado por el éxito de que se sostuvieran y confirmaran los antiguos usos y formas de justicia empleadas para los canales de Valencia y sus regantes.

Publicada en 1836 la Constitucion del 12 y posteriormente la del año 36, el tribunal continuó de hecho, y su existencia legal fue confirmada por una orden de la regencia en 1840.

Toda la legislación posterior confirma siempre la existencia del tribunal.

Cuando se nombró la comision que dejamos citada para la reduccion de una ley general de aguas, temblamos por un momento que desapareciese esa institucion patriarcal tan celebrada.

Pero no debimos conservar temor alguno al ver, que, entre las ilustradas personas que formaban parte de ella, se encontraban nuestro eruditísimo maestro y amigo el Sr. D. Antonio Rodriguez de Cepeda, tan conocedor de nuestra jurisprudencia y nuestra legislación foral, y el Sr. D. Cirilo Franquet, digno Gobernador Civil que fue de esta ciudad, tan competente y conocedor en administracion y en hidronomia.

Nuestras esperanzas no fueron defraudadas y en el proyecto de ley de aguas, que esperamos y deseamos ver aprobado, no solo se establecen para toda la nacion los jurados de riego á imitacion del nuestro, sino que segun el artículo 303 donde de antiguo existian jurados de riego, continuarán en su actual organizacion, mientras los respectivos sindicatos no propongan al Gobierno su reforma ó modificacion.

No creemos nosotros que los síndicos de las siete acequias del Turia la propongan nunca, y por eso hemos dicho y repetimos con complacencia que será aun por muchos años, acaso por muchos siglos, tal como viene siendo desde hace ocho, *El tribunal de las aguas de Valencia*.

Al ocuparse Mr. Jauber de Passá de él, esclama, ¡honor al que dictó leyes bastantes sábias para interesar en su conservacion á todos aquellos para quienes se han hecho!

¡Honor, decimos nosotros, honor tambien, al que buscando su inspiracion en el amor de las instituciones patrias, ha presentado á la admiracion de Europa, trasladando al lienzo, *El Tribunal de las aguas de Valencia*!

EDUARDO ATARD.

COSITAS SUELTAS.

(Conclusion.)

V.

Nos encontramos en una mañana de invierno.

Altisidoro sentado sobre su cama se ocupa en calzarse los calcetines. Un gorro de dormir ridículamente desfigurado por los movimientos del sueño procura conservar el equilibrio sobre su cabeza y sus párpados enrojecidos y entreabiertos prestan á su fisonomía todo el carácter de la estupidez.

Artemisa se encuentra á su lado sencilla pero completamente vestida.

La muger siempre se levanta antes que el marido. Este es un detalle que nunca tienen los hombres el cuidado de imitar.

—*Demonio*, cierra ese balcon, que entra un frio insoportable, son los buenos dias que dá Altisidoro á su muger.

—Está cerrado, *hijo mio*. Es el gris que penetra por las rendijas, contesta ella cariñosamente corriendo las cortinas del balcon.

—Eso es, ahora déjame á oscuras para que me rompa la crisma contra los muebles al levantarme.

—No te incomodes, lo hacia por mejor.

—Siempre tienes la suerte de equivocarte.

—¿Has dormido bien?

—Sí, dormir bien. ¿Te parece que eso es posible con los berridos de ese *diablo* de criatura?

—¿*Angelito*! Sufre tanto con la denticion. Cuatro veces he tenido que levantarme esta noche.

—¿Cuatro?

—Cuatro.

—No exageres. Yo no te he visto mas que una.

—Hijo mio, porque las tres restantes estas durmiendo.

—Nada; pues he dormido como un patriarca. Yo nunca digo verdad, es mucho cuento.

—No te incomodes. ¡Caramba qué genio se te ha vuelto! ¿Por qué no has de ser como antes, cariñoso para con tu Artemisa que solo desea tu felicidad?—le dice besándole la frente.

—Anda, anda á ver si está listo el almuerzo —es la contestacion que le dá Altisidoro limpiándose con la manga de la camisa la humedad del cariñoso beso de su muger.

A ésta se le saltan las lágrimas.

Toda esta escena por supuesto está amenizada por parte de Altisidoro con ciertos detalles imposibles de describirse; detalles que el hombre debiera suprimir, no por parecer mal á los ojos de los que le rodean, sino por no repugnarse á sí mismo.

El hombre no se guarda ninguna consideracion. Todo en él es fachada, exterioridad, y sin embargo, rinde culto al decoro y levanta altares á la buena forma y á la educacion.

Es como el que se tñe el pelo para engañar á los demás y el solo engañado es él.

Otro dia Altisidoro entra en su casa con el rostro desencajado profiriendo interjecciones en armonia con sus detalles.

—¿Qué tienes? ¿Estás malo? le pregunta su muger con solicito afán.

—¿Qué he de tener! Que hay crisis ministerial y es muy posible que me quede cesante.

—Pues mira, no te apures. ¡Cómo ha de ser! Ante todo tú.

—Sí, no te apures. Eso te diré yo cuando me pidas dinero para ir á la plaza y no te lo pueda dar. Si fuera soltero me importaria un comino; pero casado y con el apéndice de....

Artemisa creyendo que es el corazon del padre y del marido quien habla en este momento le contesta sonriendo melancólicamente:

—Pues bien, hijo mio, la pobreza no debe serte tan sensible cuando para soportarla te ha dado Dios las caricias de tu niño y el amor de tu muger. Trabajaremos lo que podamos y pasaremos la vida con lo que trabajemos; pero siempre considerándonos muy felices mientras no se estinga nuestro cariño.

—Chica, chica, tú todo lo compones con frases huecas. Contigo pan y cebolla sienta muy bien en un recien casado que no tiene mas ley ni mas Dios que su muger; pero *el que ha pasado ya del periodo de la pasion* no vé en el matrimonio mas que una série no interrumpida de sinsabores que solo pueden evitarse á costa de mucho dinero, y no habiéndole concluye por ser aquel una carga insoportable.

Artemisa se vá conyenciendo ya de que su

marido no es el tipo del hombre que ella ha soñado. Le juzga otra escepcion como á su padre. Sin embargo, aun pretende engañarse á sí misma disculpando la conducta de Altisidoro con las circunstancias.

Entretanto la ilusion va desapareciendo lentamente, las cajas van descubriendo su doble fondo; el materialismo del uno va repeliendo necesariamente el idealismo de la otra que no obstante se ajusta, á pesar suyo, á las exigencias del primero; pero éstas crecen á medida que la franqueza le autoriza para toda clase de desatenciones; del trato íntimo nace el abuso y los hombres *abusan de todo*; la muger cede por sumision y por amor porque la compresibilidad es una de sus primeras propiedades; pero *la muger no abusa nunca*.

Artemisa se convence al fin de que su marido no la quiere; pero calla y sufre porque no sabe que ame á otra.

Un dia sin saber cómo llega á sus manos la siguiente carta dirigida á Altisidoro:

«My cerido Althis Ydoro, heres un birvon »ayer uyo cien te bio En el campo de el morro »con la birvona dela bol hera y hyo e gurado »no bolberte ha mirar a la quara tulla Sienpre dolor es.»

El efecto que esta carta produjo en la pobre madre es indescriptible. La muger que habia trazado esos renglones ¿podria *bajo ningun concepto* sostener la competencia con ella? Sin embargo, era indudable que Altisidoro la habia cedido la preferencia. Sus desvelos y sus afanes, su solicitud y su cariño tenian por premio el desprecio y el abandono.

El hombre herido en su amor propio se bate con el que le ofende.

¿Debe la muger contentarse con llorar su desgracia?

Sí debe; pero de hacerlo á canonizarla solo habria un paso.

Artemisa lloró sobre su niño, que es el único consuelo legado á las pobres madres; pero ya la realidad era espantosa y una determinacion decisiva se hacia necesaria.

El divorcio era el medio mas asequible; pero al alimentar esta idea comprendió que la sociedad, haciendo leyes de la costumbre, solo ha propendido á esclavizar á la muger.

Era indispensable prescindir de su hijo, el único sér amado que le quedaba en el mundo ó sumirse con él en la indigencia.

La muger no sabe hacer nada para ganar de comer, necesita entregarse á un hombre *que la mantenga*, y si éste por su dominio la vilipendia y la escarnece, debe callar, debe cubrir de besos la mano que la azota ahogando sus mas nobles sentimientos por un pedazo de pan. Esto es horrible.

El cielo debe ser la mansion de las mugeres purificadas por el matrimonio.

Artemisa sufrió horriblemente, exigió esplicaciones que le fueron negadas y hubo protestas sin cumplimiento. De dia en dia las lágrimas fueron menos abundantes y el dolor, que como todo, tiene su término, concluyó por convertirse en indiferencia al ver que la repeticion de los abusos se hacia interminable.

La indiferencia en el matrimonio es el aborrecimiento, y éste á su vez inspira el deseo de venganza.

La muger solo sabe vengarse de un modo, porque la sociedad no le ha dejado mas que un arma para su defensa.

Altisidoro hubo de dejar la corte para una comision de su negociado y su infeliz muger buscó un lenitivo á su aburrimiento en la tertulia de una de sus condiscípulas.

Lindoro frecuentaba la casa y era por su fealdad el blanco de los tiros de ambas amigas.

Es indudable que la muger solo sabe amar, por consiguiente no puede vivir sin alimentar este sentimiento. La cuestion de hombre es el fin á que propende su vida. Niña inesperta confiará su cariño al primero que lo



solicite; esposa despectada sucumbirá sin saberlo al primero que llegue á leer á través de su sonrisa el dolor que la atormenta.

Aquí el primero fue Lindoro.

Este, con su buen talento, no ignoraba que la muger mas feliz en matrimonio siempre tiene un lado vulnerable para la seducción, por consiguiente enterado minuciosamente del estado de su víctima, encontró exhuberancia de recursos para lograr su intento.

Tocó la cuerda sensible, sorprendió las lágrimas á través de las sonrisas; la habló de la indiferencia con que miran los hombres al ser privilegiado de la naturaleza, despertó en ella el recuerdo de sus primeros años en que las mayores puerilidades constituían todo un poema de felicidad; la hizo alimentar un sentimiento siempre grato á la muger, y sublimándola con todos los recursos del sentimentalismo y de la poesía la hizo esclamar como la vez primera en que abrió su pecho al amor.

—Este hombre me ha comprendido, lee en mi alma, es la realidad de mis sueños.

Y sin embargo, éste, como Altisidoro, no hacia sino referir las historias de todas las mugeres.

La lucha era horrible. Lindoro tenia dos contras para vencer: el crimen y su fealdad.

Artemisa al pensar en huir del primero es porque ya se encontraba dispuesta á consumarle. El mal atrae al hombre con el iman de la prohibicion.

La muger es mas débil que el hombre.

El abuso de tocar embota la sensibilidad del tacto; del mismo modo la costumbre de mirar á una persona concluye por destruir la facultad de apreciar su mayor ó menor belleza.

Es decir, que Lindoro logró ser amado por Artemisa.

Esta no habia llegado á faltar á sus deberes.

Para mí no basta esta satisfaccion.

En adulterio constituye el crimen la sola idea.

VI.

Ignoro los resultados de esta pasion; pero no es difícil adivinarlos.

Solo sí, sea cual fuere su término, eximo de toda responsabilidad á Artemisa.

El hombre debe reflexionar que física y moralmente la muger posee una organizacion diametralmente opuesta á la suya, por lo tanto, siendo como lo es siempre el guarda mas fiel del honor de su marido, exige halagos y atenciones que la estimulen en su delicada mision.

La muger es un niño á quien se le engaña con un juguete, se le entretiene con un cuento y cuyo cariño se conquista con un mimo.

Un beso destruye un enojo, una caricia la arranca una lágrima de placer, una atencion evita una falta.

La muger no conoce el mundo, nada mas fácil para el hombre que educarla el corazon



D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

á su entojo. Solo se paga de esterioridades, nada mas sencillo que saberla engañar.

Ella le debe al hombre el pan que come, él la debe en cambio una joya de un valor inapreciable; la satisfaccion que experimenta pudiendo decir: «Estos son mis hijos.»

En resumen, el hombre, como ha dicho un sábio, debe tratar á su muger como al ministro á quien debiera su empleo.

El adulterio va ya tomando en nuestro siglo las proporciones de una necesidad. Sin embargo, yo siempre diré que escepto aquellas en quienes el coquetismo y la superficialidad desde sus primeros años DEJAN VER CLARAMENTE el riesgo que las acompaña, de todas las faltas de las demás mugeres constituidas en matrimonio solo tienen la culpa sus maridos.

ENRIQUE GASPAS.

D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

Hé aquí un nombre digno de ocupar un puesto distinguido entre nuestros escritores contemporáneos, y del cual la índole de esta publicacion no nos permite, sin embargo, decir mas que algunas palabras que puedan servir de corta reseña biográfica.

Nació D. Ventura Ruiz Aguilera el día 2 de Noviembre de 1820, en la ciudad de Salamanca, patria de grandes hombres, y centro intelectual de esclarecidos ingenios, que, durante siete siglos, fueron la honra y prez de la nacion española. En aquella afamada y antigua universidad, madre de las letras, las artes y el buen gusto, que vió pasar por sus claustros poetas como Fray Luis de Leon, Gil Polo, Villegas y Góngora, en nuestro siglo de oro; hasta Huerta, Cienfuegos, Iglesias, Melendez, Nicasio Gallego, Quintana y otros de la era del renacimiento, recibió nuestro poeta la enseñanza y selecta

erudicion que mas tarde habian de dar frutos tan esquisitos en la poesía lírica contemporánea.

En ella estudió medicina, llegando hasta la licenciatura; pero, no inclinándole su estrecha, renunció completamente al egercicio de la profesion, para dedicarse al cultivo de las letras.

La ciudad natal no podia ofrecer campo bastante á su noble ambicion, porque las condiciones sociales de España habian cambiado muchísimo, concluida la guerra civil y asegurado el triunfo de la libertad. El nuevo orden de cosas tendia á la centralizacion, haciendo de Madrid el vínculo comun de todos los españoles. Así fue como en 1844, los jóvenes que se sintieron en ambicion y amor á la gloria, vinieron á la capital de la que pudiéramos llamar nueva monarquía, y entre ellos Aguilera.

Fiel á los impulsos de su corazon y de sus convicciones, siguió la bandera progresista, escribiendo en *El Nuevo Espectador*,

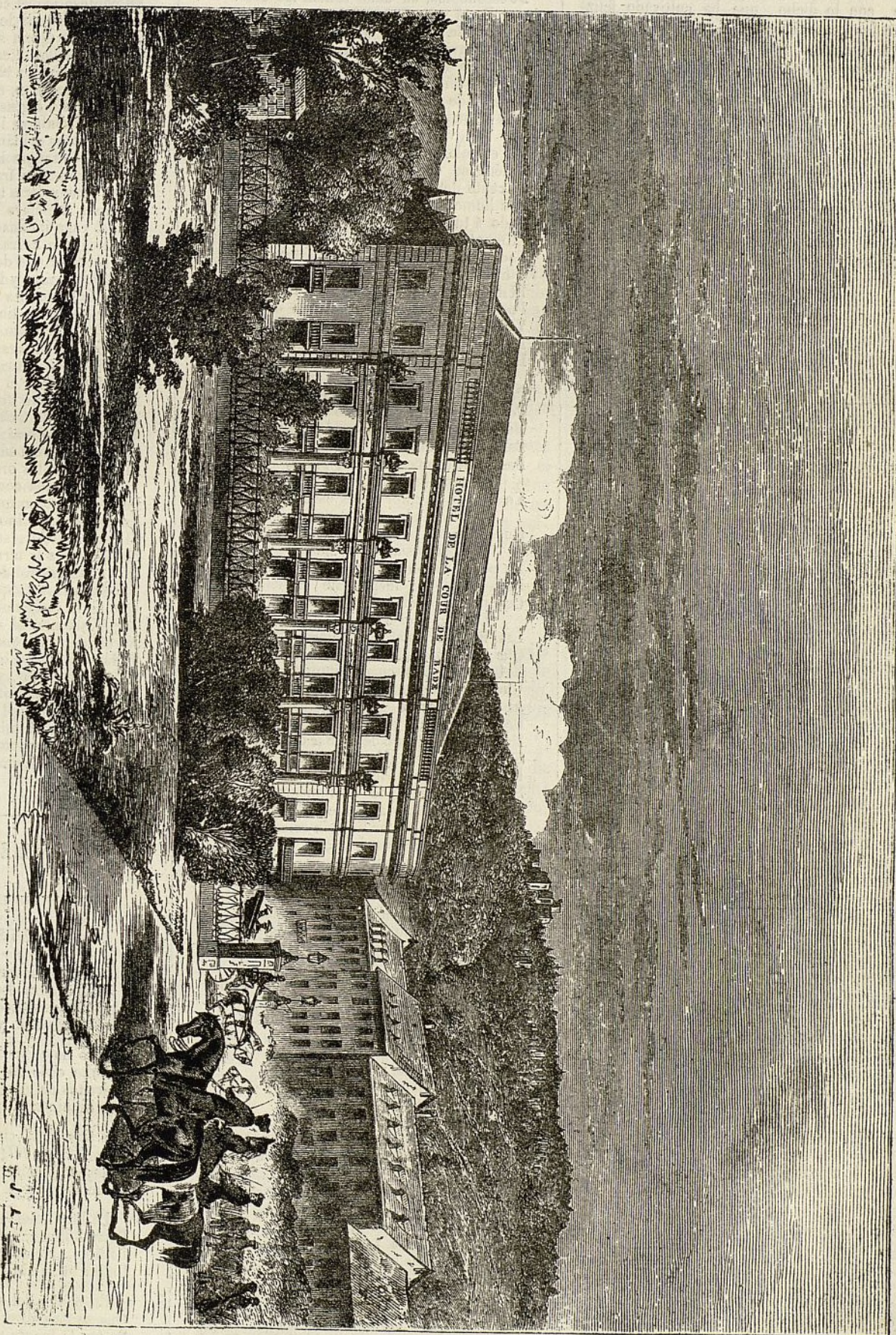
La Reforma, *La Nacion*, *La Europa* (en su primera época), *La Tribuna del Pueblo* y otros diarios políticos. Ocupado en esta vida militante, que mezclaba con sus trabajos literarios, sobrevino la catástrofe de Luis Felipe. Aguilera se hallaba á la sazón de director de *La Prensa*, único diario que tuvo el valor de seguir publicándose despues de la sublevacion del pueblo de Madrid, en 23 de Marzo de 1848; cuando fue preso con otros amigos y compañeros, sacado del calabozo al cabo de veinte dias, desterrósele á Castellón de la Plana, en donde el Sr. Campoamor, que á la sazón gobernaba aquella provincia, ya por su afectuoso carácter, ya tambien por el mérito del proscrito, le dispensó mil atenciones, que hubieron de ligar en lo sucesivo á estos dos verdaderos poetas con una amistad íntima y duradera, que fue dolorosamente interrumpida con la traslacion del Sr. de Campoamor al gobierno de Alicante; mas al fin se pudo conseguir, á pesar de tan inesperado contratiempo, que Aguilera pasase á aquel punto. Anudando allí sus interrumpidas tareas, dedicóse nuevamente con ardor á sus trabajos favoritos, y publicó su primera obra formal, verdadero fundamento de su gran reputacion en el mundo literario; esto es, su primer tomo de *Ecos Nacionales*, poesías dotadas de un carácter eminentemente español, y que llamaron la atencion por la nueva faz que venian á dar á la lírica de entonces. Cuán favorablemente acogió el público esta coleccion no hay para qué decirlo; baste saber, que se agotaron pronto las dos primeras y numerosas ediciones, y una tercera, hecha en 1854. Estas poesías influyeron grandemente en la opinion publica, y formaron, por decirlo así, una nueva escuela que cuenta pocos imitadores. Tambien publicó un tomo de *Sátiras*, primera coleccion de este género que tal vez existe en castellano, y cuya segunda edicion creemos prepara, notablemente corregida y aumentada.

Vuelto á la corte, dió á la estampa las *Veladas poéticas*, donde se contienen *La Limosna* y otras poesías tan conocidas, y algunas Eglogas ó Idilios burlescos originalísimos,

como muestra de una coleccion titulada *La Arcadia moderna*, que se propone publicar mas adelante, satirizando los vicios principales de nuestra época. La del triunfo de los

progresistas en 1854 le halló de redactor de *La Iberia*, y este partido nunca pródigo, con la juventud, premió su abnegación, desinterés y sufrimientos con una modesta plaza de

FONDA LLAMADA DE LA CORTE DE BADEN (EN BADEN).



oficial en el ministerio de la Gobernacion, que disfrutó únicamente durante el tiempo de su corto mando. Tornó de nuevo al retiro, escribió en varios periódicos de literatura, ciencias y artes, como *La América*, *El Museo Universal* y *La Revista Española*.

Mas tarde dió á luz *El dolor de los dolo-*

res, poemita íntimo, que es una série coordinada de *Elegías* á la muerte de su única hija Elisa. El éxito que tuvo esta produccion, encomiada por toda la prensa de Madrid y de provincias, en el extranjero y aun en América, nos releva del elogio que aquí pudiéramos hacer; bastando á nuestro propósito de-

cir, que la edicion casi se ha agotó en el corto espacio de tres meses.

Ultimamente ha publicado los *Proverbios egemplares*, hermosa coleccion de cuadros de costumbres, magistralmente delineados y cuyo objeto es demostrar la filosofia y elocuencia que encierran los refranes populares.

La dramática le debe también algunas producciones, representadas con aplauso en los teatros de la corte, como son: *Camino de Portugal*, *La Limosna y el perdón* y *Flor marchita*. Su primera novela, *El Beso de Judas*, y la caricatura política, *El Conspirador de á folio*, ya agotada, indican bastante, con lo dicho, que ha cultivado felizmente los más importantes ramos de la literatura. Miembro, por fin, de varias academias y corporaciones literarias y científicas, vive hoy en el aislamiento, dedicado al estudio, y cultivando las letras con fe y sin par constancia, á pesar de una salud por extremo delicada; así lo prueban las siguientes obras inéditas destinadas á ver pronto la luz pública: como una colección completa de poesías líricas, contándose entre éstas las *Armonías*, los *Cantares* y las *Odas*, dos volúmenes de artículos titulados *Costumbres buenas* y *Costumbres malas*, y una novela de grandes dimensiones con el título de *El Mundo al revés*. Deseamos que el público haga la debida justicia al Sr. Ventura Ruiz Aguilera, y que éste por su parte vea recompensados sus desvelos.

D. M. RAYON.

BADEN-BADEN.

Nadie ignora que Baden-Baden es un paraiso que alberga á toda clase de habitantes, situado á dos pasos de la frontera francesa. Este es el país del *dolce far niente*, de los paseos, los bailes, y la música, un *Buen Retiro* en fin, punto céntrico de todos los puntos del globo, durante la estación de verano. Verdad es que existen en Europa otras muchas ciudades de recreo, pero ninguna está tan favorecida como Baden-Baden, ni más frecuentada por la buena sociedad. El paseo de Lichtenthall es una semejanza del de los Campos Eliseos, y allí se tropieza, bajo las filas de álamos seculares que conducen al viejo castillo, y en los senderos del valle de la *Mourgue* á los alrededores de la Favorita, las mismas personas que se han visto quince días antes en las alamedas de Boloña. Hoy que el camino de hierro atraviesa el Rhin y que se puede ir en doce horas desde París á este lugar pintoresco, se comprende muy bien que la concurrencia elegante sea cada vez mayor en esta pequeña capital del placer.

Baden-Baden, se hace cada día más bella, para recibir amablemente á el tropel de extranjeros que la visitan. La fonda llamada de la Corte, entre otras, se ha renovado completamente. Colocada á algunos pasos de la Trinkalle, y de la casa de conversacion, enclavada por decirlo así, en medio del valle que baña la corriente del Oos, es lo primero que se presenta al viajero al bajar del wagon del camino de hierro; fonda elegante y con todas las condiciones necesarias, digna de una ciudad donde se aspira el placer, y brilla la elegancia. En el año de 1861, antes de que hubiera la facilidad de circulacion que hoy tiene con París, y con otros distintos puntos, el número de viajeros que tuvo en su recinto fue el de 75,000. Juzgad el que encerrará ahora esta pintoresca residencia de la moda.



AL SOL.

Miradle: tras el monte
Asoma ya su rayo purpurino,

Barriendo el horizonte
De las medrosas sombras, y en el cielo
Marca con tintas el triunfal camino,
Que ha de seguir con reposado vuelo:
Se baña en roja claridad la tierra,

Mueven las brisas suaves
Los verdes pinos de la altiva sierra,
Do escondidas, su amor cantan las aves.
En el valle ignorado,

Al beso de su luz se abren las flores
Que le envían aroma regalado,
A cambio de los mágicos colores
Con que tiñe sus pétalos; y brilla
Del agitado mar la ola espumosa
Que el buque parte con su corva quilla;
Y la voz misteriosa

Del esquilon resuena en la campaña,
Uniéndose con mística armonía
Al canto del pastor, que en su cabaña
Con humo del hogar saluda al día.
Todo á tu luz ¡oh sol! ríe en el mundo;
El monte, la pradera, el mar profundo,
Todo recobra su perdido encanto,
Y hasta el espacio trueca con decoro
El de la noche vaporoso manto,
Por otro manto azul sembrado de oro.
Y tú recorres de sus anchos pliegues
La vacía estension; al orbe inundas
De la vida y calor de que estás lleno;
Y la tierra fecundas,

Porque constante en su trabajo siga,
Porque rebrote de su casto seno,
Madre amorosa, la adorada espiga.
Bella es tu clara luz, cuando la viertes
Desde el cénit en oleadas puras,
Y con ella conviertes

En globos de color nubes oscuras;
Bella cuando en la playa,
Que el ronco mar con su bramido llena
Cambia besando el suelo,
En polvo de oro la infecunda arena;
Bella cuando de fuego viste al cielo,
Cuando de claridad puebla el vacío,

Cuando enciende y dilata
Las limpias aguas de anchuroso río,
Que en su movable espejo te retrata;
Y bella aun más, cuando ilumina al hombre
Que en el rumor de su trabajo envía
Al cielo un canto, en que bendice el nombre
De quien la luz y el pan dá cada día;
Mas ¡ay! que luego de brillar cansado
Sepultas la encendida cabellera
En los revueltos mares de Occidente
Sin que se apague de tu inmensa hoguera
El resplandor ardiente

Que en viva claridad baña la esfera.
Tú entonces desde lejos,
Con pálidos reflejos,

Vago el contorno de las nubes pintas,
Su seno oscuro de colores ciñes,
Y al éter impalpable en suaves tintas,
Con un recuerdo de tu luz le tiñes,
De misteriosa oscuridad se inunda
Todo el espacio; las risueñas flores
Tristes se inclinan perfumando el viento;
En la flexible rama, sus amores
Las aves cantan con dormido acento;
En las pintadas márgenes del río,

La humedad se evapora
Formando nieblas y después rocío,
Que en lánguido desmayo,
Sobre las plantas llorará la aurora
Al verse herida por tu nuevo rayo.
Todos sienten tu ausencia; el universo
Sumido en el crepúsculo, tu nombre
Murmura y desfallece;

Y recordando su pasado el hombre,
Víctima siempre de su loco anhelo,
Fija en ti sus miradas, y parece
Que seguir quiera tu incansable vuelo,
Y es que en sueño profundo,
En mortífera calma

Deja la falta de tu luz al mundo,
Como la ausencia del amor al alma.
No bastan no para alegrar la noche
Las inflamadas chispas que levantan
Las ruedas de tu coche
Girando como raudos torbellinos;
No basta, aunque son bellas,
Que esparcidas sembrando tu camino
Cuando escondas tu faz alumbren ellas.

Tú que la vida absorbes
Del universo á quien tu antorcha guía,
Tú solo puedes fecundar los orbes
Con raudales de luz y de armonía.
Tú solo que en perenne movimiento,

A impulsos vogas del divino aliento

Y que incansable giras
Envuelto siempre en la celeste lumbre,
Tú que la tierra miras
Con lástima, al pensar desde tu cumbre,
Que pudieras torciendo el manso vuelo
Fundirla en lava ó condensarla en hielo,
Tú eres la vida ¡oh sol! ante tus ojos
En confuso tropel como vestiglos,
Van pasando los siglos,

Que de gloria sedientos,
Las piedras llevan en sus fuertes hombros
Para fundar sobre ellas monumentos
Y sepultarse luego en sus escombros.

Tú ves á las naciones
Con ira disputarse los girones
De rotos oriflamos,

Tiñendo en sangre la feraz llanura,
Mientras de amor fraterno imagen pura,
Sobre unas y otras tu fulgor derramas.

Tú miras al esclavo con tristeza
Bajo el yugo inclinada su cabeza
Regar la tierra ardiente

Con el sudor que de su rostro mana,
Tú le miras y lloras

Y aun la esperanza plácida atesoras
De ser un sol de libertad mañana.

Y todo cuanto vive,
Cuanto respira y crece,
En miserable destrucción perece
Sus alas al batir el tiempo impío,
Solo inmortal tu disco permanece
Suspenso en la techumbre del vacío.
Mas no eterno será; no el necio orgullo
Del precito satán hierva en tu seno
Al dormir de los orbes al arrullo;

La límpida corriente
De vivo fuego en que tu gloria fundas,
En los ojos de Dios tiene su fuente.
El está sobre tí; su mano ensancha
Mas cada día la terrible mancha
Que en tu rostro de luz, sombras proyecta.
No olvides, sol, que es suya la mirada
Que en tu apagado disco se refleja,
Y que tus nieblas disipó en la nada.
No olvides, no, que puede con el mismo
Poder audaz con que encendió tu lumbre,
Su párpado velar, y en el abismo
Precipitarte ¡oh sol! desde tu cumbre,
Que si eres rey, él es Señor de reyes
Y es tu vida un minuto de su historia,
El te creó para acatar sus leyes,
El te encendió para alumbrar su gloria.

FELIX PIZCUETA.

NOCHE ESTIVAL.

CONTEMPLACION.

Á LUIS FABRA.

La noche tiende su nocturno manto
Y por la tierra espárcense las sombras.
El día concluyó; de las tinieblas
Llegó el reinado y á reinar se aprontan.

Pero no reinarán; apuntar veo
Del alto cielo en la tendida bóveda,
Ejércitos de estrellas relucientes
Que iluminan la noche tenebrosa:

Y tras ellas, cual reina tras su corte
Precedida de fúlgida aureola,
Aparecer la luna, cuya lumbre
Viene á apagar el resplandor de todas.

La luna, que la mar tiñe de plata
Dejándola una estela luminosa;
La luna, que en los montes y en los llanos
Cierne su lumbre pálida, incolora.

En medio del silencio y de la calma
Que se desplazan con solemne pompa,
Se oye la fuente susurrar tranquila,
Gemit del mar las acalladas ondas

Y la brisa sutil mecer las flores,
Lasciva acariciando sus corolas,
Que ya abiertas recogen el rocío,
Que les mandan las nubes cariñosas.

Aletargada del calor del día
Respira con afán natura toda,
Cual despertando de un pesado sueño,
A revivir en tan serena atmósfera.

Y yo tambien; yo tambien vuelvo á la vida,
Despierto del letargo que me agobia,
Del calor que me mata, respirando
El aura leve, que al pasar me roza!

Noche serena, en la que todo vive,
Sonando todo con su voz armónica,
Con voz tan débil, que interrumpe apenas
La callada quietud magestuosa.—

¡Oh luna! emperatriz de las alturas,
Que brillas con tu pálida corona,
Protectora gentil de los amores,
A los que das tu calma melancólica,

Númen é inspiracion de los poetas;
Permite que mi voz, cansada y bronca,
Hoy cante en tu loor; así mis manos
Pulsar pudieran hoy un arpa eólia!

Después de Dios, que te criara, nada
De todo cuanto la natura adorna
Es bello como tú, flor de los cielos,
Tu luz es suave como un suave aroma.

Ante tu luz, mi corazon, mi mente,
La bienandanza de la paz recobran;
Tu dulce claridad es como un bálsamo
Para la duda que mi mente ahonda.

Yo no gusto del sol; su fuego ardiente,
Calcinándolo todo, se desploma:
Si su lumbre es fecunda, ella abrasa
Cuanto sus rayos verticales tocan.

Tú iluminas tambien, pero no quemas;
Si él deslumbra arrogante, melancólica,
Tú, luna, del amor al feliz sueño
Con tu suave claridad provocas.

Hay tiranía en el soberbio brillo
Que el sol despliega con augusta pompa;
Cual déspota domina la natura,
Y le impone su luz que la sofoca.

Hay en tu ténue claridad ¡oh luna!
Algo de virginal que me enamora,
Y la melancolía y la modestia
Destilan sus miradas ruborosas.

Si recibes del sol la luz prestada,
Recíbesla, y la luces como propia;
Tambien prestada ha sido nuestra vida;
Prestado es todo cuanto Dios otorga.

Dios ha prestado al sol tambien su fuego,
Dios prestó al hombre de su hechura copia,
Y le prestó su pensamiento y alma
Para que hiciese gigantescas obras.

A la muger prestó amor y hermosura
Y atrayéndose al hombre le enamora,
Para que sea compañero suyo,
Para que sea su mundana gloria.

Dios, no el sol, te prestó la luz de plata
Que desde el cielo aquí trémula arrojas,
Dios te prestó la palidez sublime,
Reina de las esferas, misteriosa.

Cuando yo te contemplo, mis ideas,
Calma y serena magestad recobran;
Contemplándote, el mar de mi cerebro
Tiene acalladas las revueltas olas.

Yo, que batallo con terribles dudas,
Yo, cuya fantasía errante y loca
Sin paz, de pensamiento á pensamiento
Corre sin encontrar lo que ambiciona;

Yo, no dudo mirándote: el silencio
De esta noche, apacible y melancólica,
Que iluminas, y todo vive y bulle
Con tu tranquilidad y paz armónica;

¡Oh luna! mis ideas descarriadas
A la paz del redil otra vez torna,
Y me inclino ante *El Ser* que te ha creado,
Viendo su Omnipotencia creadora.

¡Luz de la luz es *El*; y los mortales
No somos dignos ni de ser su sombra:
El dió á tu claridad rayos de plata,
Y espíritu al hombre, génio y gloria!

JACINTO LABAILA.

LA MANO ARDIENTE.

TRADICION

POR

RAFAEL BLASCO.

(Continuacion.)

V.

Aquí llegaba D. Juan de su narracion cuando resonó un ruido espantoso en la cocina, donde habia yo dejado hacia poco varias vasijas llenas de jarabe para que se enfriase.

—Dispense V. que le interrumpa, dije á D. Juan del Pino; voy á ver qué es lo que pasa en el laboratorio.

—Yo fumaré entretanto un cigarrillo, me contestó D. Juan.

Entré en la cocina y contemplé el desorden mas espantoso; un gato goloso habia tratado de probar el jarabe, que estaba todavía muy caliente, y se habia quemado el hocico; lleno de temor dió un salto y fue á caer dentro de otra vasija; el baño de jarabe hirviendo lo habia puesto medio loco y corria desesperadamente rompiendo cazuelas y crisoles, botellas y frascos.

Dí salida al gato, recogí los vidrios y tiestos que se veian repartidos profusamente por el suelo, desahogué mi cólera con media docena de insultos al gobierno, como si el gobierno tuviera nada que ver con mi desgracia, y volví al lado de D. Juan á escuchar la interrumpida narracion.

VI.

D. Juan continuó de esta manera:

—Desde aquel día Dolores fue la amante apasionada de Rocafull; pero su casto cariño se ocultó con el mayor cuidado al tío Antonio, que era celoso de su honra como un antiguo caballero español.

Un velo de tristeza cubria constantemente el semblante de la jóven, que no podia apartar de su imaginacion la desgracia que ella misma habia pronosticado á Felipe. Dolores, que apenas si habia recibido instruccion alguna, creia en la falsa ciencia que le habia enseñado su madre, con la misma firmeza que un cristiano en las verdades de su religion. Aquel espíritu poseia toda la fé de las imaginaciones vigorosas y ardientes, pero mal dirigido desde su primer desarrollo, torcidas sus poderosas facultades, habia consagrado al error el culto que debia rendir á la verdad.

Por las noches nos sentábamos á la puerta de la cabaña y el silencio y la soledad reinaban á nuestro alrededor; no el silencio de la muerte, sino el silencio de la naturaleza, vago rumor que zumba en nuestros oidos y no tiene nombre, rumor compuesto de mil rumores, del agua que corre, del insecto que salta, de la yerba que florece, de la piedra que cae, del viento que pasa, del ave que vuela, de la hoja que brota. La blanca luz de la luna iluminaba el vecino monte, árido y negro como una maldicion, la ciudad recostada sobre su falda y el valle fertilísimo que se dilatava como inmenso tapiz de bellos colores ante nuestros ojos.

Yo escuchaba las picarescas narraciones del tío Antonio, en tanto que Dolores daba oídos á los cariñosos acentos de Felipe y su hermano dormitaba tendido sobre el césped ó cantaba acompañándose con la guitarra tiernas y sentidas canciones andaluzas.

Aquellos eran los únicos momentos en que podian hablarse los amantes, y la idea que se hallaba fija constantemente en la imaginacion de Dolores, hacia que la conversacion tomase siempre un carácter melancólico, que causaba honda sensacion en Felipe.

Cuando mi amigo le prometia hacerla su esposa para vivir felices, bien en el agitado

seno de populosa y desconocida ciudad, donde la murmuracion no pudiera cebarse en sus antecedentes sociales, bien en el tranquilo retiro de una casa de campo; cuando le pintaba con vivos colores el cuadro de la dicha doméstica, cuadro limitado al propio hogar, pero inmenso para el amor; cuando con mas energía espresaban sus palabras los sentimientos de su alma, una lágrima se desprendia silenciosa de los ojos de Dolores corriendo á consumirse en su megilla, abrasada por estraña escitacion.

Al interrogarla Felipe siempre contestaba: —No seremos felices; nuestras esperanzas se desvanecerán como la niebla que cubre por la mañana la falda del monte; el porvenir es sombrío; la ciencia de mi madre no me engaña.

En vano trató de sacarla de semejante error; ruegos, persuasiones, hasta amenazas finjidas de olvido fueron inútiles, y la tristeza se hacia mas constante y mas profunda cada dia en el corazon de la jóven.

Poco á poco aquella tristeza fue tomando otro carácter. Al padecimiento moral sucedió el padecimiento físico, la fiebre se presentó lenta pero constante y la pobre niña sucumbia gradualmente al dolor, ocultando su estado bajo la máscara de una dulce sonrisa. Verdad es que Dolores misma no creia encontrarse peligrosamente enferma y que Felipe y yo atribuíamos su mal estar á la idea fija que se habia apoderado de su mente.

Solamente el tío Antonio se alarmaba de vez en cuando al contemplar el cambio que sufría su hija; pero como todos creia pasagera su dolencia, suponiéndola, segun comprendimos mas tarde, hija de un exagerado cariño.

Pero la languidez y la debilidad de Dolores iban en aumento y su cutis tomaba ese tinte pálido, mate, en que á veces se dibujan manchas cárdenas, peculiar de los tísicos.

Por aquella época la tisis no era tan frecuente como en la actualidad y nadie creia que Dolores pudiera padecer enfermedad semejante.

Una noche la encontré mas pálida que de costumbre; su voz temblaba ligeramente, apenas si contestaba á las frases de Felipe y sus ojos se fijaban en mí con insistencia. Comprendí que deseaba hablarme y aprovechando una ocasion oportuna me acerqué á su lado.

—¿Qué tiene V. Dolores? le dije.

—Es preciso, me contestó, que Felipe se aleje de la ciudad, que huya, que no vuelva.

—¿Por qué causa?

—No puedo hablar; es un secreto.

—De manera que....

—Calle V.: nos observan: ¡que huya! ¡que huya!

La turbacion de Dolores, el asegurar que nos observaban cuando solo estaba presente su padre y las miradas que fijaba en él al pronunciar estas palabras, me convencieron de que si algun peligro amagaba descargar sobre Felipe, tenia su origen y su fundamento en el gitano.

VII.

El hermano de Dolores se llamaba José; pero habian sido tantas y tales las travesuras de mal género que habia cometido durante su infancia, que el tío Antonio dió en apellidarle Cain, nombre que cayó tan en gracia á todos sus amigos y conocidos, que olvidando el bautismal usaron únicamente el postizo.

Con los años Cain fue justificando su apodo; pues no habia pensamiento malvado que no abrigase, ni accion perversa que no estuviera dispuesto á realizar. Despreciaba por completo los mandatos paternos y era al mismo tiempo atrevido para arrostrar un peligro, y miserable y cobarde para salvarse cuando la audacia no bastaba á sacarle del atolladero. Atacaba como el tigre y se deslizaba como la culebra.

Apenas salido de la infancia, cuando la

razon comienza á desarrollarse y todos los sentimientos generosos hallan cabida en el corazón del hombre, Cain solo se gozaba en el mal, á veces sin objeto determinado, por el solo placer de hacer mal.

En otras ocasiones sus tendencias eran mas positivas; así es que cuando necesitaba dinero se lo proporcionaba á toda costa.

Una mañana se sentó á la orilla del camino real, crespá y desgredada la cabellera, destrozado el vestido, mugrienta la cara, y comenzó á quejarse amargamente, dando cada suspiro que no parecía sino que el corazón á su impulso iba á escapársele del pecho.

Por dicha ó por desgracia, acertó á pasar por el camino un honrado labrador, caballero en una poderosa mula, que al ver la triste situación de aquel desgraciado y al escuchar sus descompasados lamentos, no pudo menos de preguntarle caritativamente qué males le aquejaban.

Cain le contestó con la voz mas cavernosa que pudo encontrar en su laringe, que era un pobre lisiado de piés y manos, y que en el sitio donde se hallaba encontraría al fin la muerte sino le socorría. algun alma piadosa. Añadió que unos campesinos le habian conducido hasta aquel punto con ánimo de llevarlo á la vecina ciudad, donde quizá encontrarían sus dolencias si no completo remedio al menos poderoso alivio, pero que habian desistido de su propósito, porque la tarde caía rápidamente y era otra su dirección.

Compadecido el labrador se apeó de su cabalgadura, colocó sobre ella con el mayor cuidado á Cain, que ponía el grito en el cielo, como si se le rompieran todos los huesos del esqueleto y poco á poco se encaminó á la ciudad, consolando al enfermo con animosas frases.

Llegado á la posada hizo preparar una habitación donde descansaron ambos y al amanecer del siguiente día manifestó al fingido

inválido que sus negocios le traieran ocupado hasta la hora de comer, pero que esperaba darle á dicha hora la buena noticia de que sería admitido en el hospital, donde nada se omitiría para lograr su curación, pues llevaba en arriendo unas tierras del médico del establecimiento.

Cain besó las manos al labrador, le dió las gracias en todos los tonos posibles y hasta lloró de gratitud, asegurando que su reconocimiento no tendría límites.

Y en prueba de su buena voluntad, en el momento en que creyó que el campesino se habia alejado largo trecho de la posada, estiró las encojidas piernas, se desperezó con desenvoltura y midiendo el terreno con agigantados pasos se dirigió á la cuadra, de donde sacó la mula, y antes de que nadie se percibiera de su milagrosa curación, se hallaba en la calle buscando comprador para la cabalgadura.

Grande fue la sorpresa del labriego al encontrarse á su vuelta sin mula y sin enfermo, y aunque no era un lince, comprendió al instante que habia sido víctima de un engaño y que le habian robado abusando de sus piadosos sentimientos. Corrió á la casa del alcalde, que despachó los alguaciles en todas direcciones y á las pocas horas el animal volvia á poder de su dueño y Cain tomaba posesion de la cárcel.

El gitano al encontrarse en tan delicada situación, con un calabozo por todo presente y un presidio por todo porvenir, me mandó llamar apresuradamente, me contó con sinceridad lo ocurrido, hizo mil protestas de buena conducta para en adelante, en las que yo creí como en las palabras de Mahoma y me suplicó le sacase á puerto de salvacion en la deshecha borrasca que corría.

Yo le manifesté las dificultades que se presentaban para que lo dejasen en libertad, dificultades que abulté para que el temor

hiciese alguna mella en su espíritu, y claramente le dije que en mi concepto iria á un presidio, aunque en el fondo de mi alma estaba resuelto á salvarlo.

Cain comenzó á temblar como un azogado al escuchar mis poco lisonjeras frases, porque para un gitano la pérdida de la libertad es peor que la muerte.

—Don Juan, exclamó cayendo de rodillas, si V. me promete librarme de este encierro, si V. me salva yo le revelaré un secreto.

—¿Qué secreto será ese? le contesté sonriendo.

—Uno muy importante.

—¿Para cambiar el color de un caballo en cinco minutos?

—Para salvar la vida de una persona.

—Cain, tus palabras son graves, dije yo receloso de que tratara de engañarme.

—Muy graves.

—¿La vida de una persona peligra?

—Sí.

—¿Conozco yo esa persona?

—Intimamente.

Un vago presentimiento cruzó por mi mente, recordé las palabras de Dolores y ya no vacilé: confiando en mis relaciones y en mi dinero para salvar al gitano, le dije:

—Te prometo lo que deseas.

—¿Palabra de caballero?

—Palabra de caballero.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.

MUSEO LITERARIO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

VALENCIA: Administracion del periódico, imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, n.º 3; en el centro general de suscripciones de D. Manuel Carboneres, plaza de la Constitucion, y librería de D. Juan Mariana, Hierros de la Lonja.

MADRID: Sres. D. Carlos Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso; Durán, Carrera de San Gerónimo, y Guizarro, Preciados, 5.

En las provincias de Alava ó Vitoria, D. Bernardino Robles.—Albacete, D. Ramon Sebastian Perez.—Alicante, D. Pedro Ibarra, José Marcili.—Almería, D. Mariano Alvarez, Director de la Crónica Meridional.—Avila, D. Santiago Lopez.—Alcoy, D. José Martí.—Alcira, D. Joaquin Gabarró.—Alberique, D. Marsal, hermanos.—Badajoz.—D. Fermín Coronado Romero.—Balears: Palma, D. Pedro José García.—Barcelona, Don Salvador Manero, D. Manuel Sauri, D. Ignacio Lopez Bernagossi, D. Joaquin Verdeguer, Esparza, hermanos, y Colomina y compañía.—Burgos, D. Sergio Villanueva, D. Calisto Avila.—Cáceres, D. Pedro de Velas.—Cádiz, Sres. Verdugo Morillas y compañía, D. Eduardo Gautier, D. Enrique Fernandez.—Canarias: Santa Cruz de Tenerife, D. Manuel Savose.—Castellon de la Plana, Sres. Rovira, hermanos, D. Miguel Martí.—Ciudad-Real, D. Victoriano Malagulla.—Córdoba, D. Rafael del Castillo.—Coruña, D. Domingo Puga y librería Española.—Cuenca, D. Pedro Mariana.—Denia, D. Vicente Lloria.—Elche, D. Juan Ibarra.—Gerona, D. Narciso Gifré.—Gibraltar, Parral, hermanos, D. Pedro Lopez.—

Granada, D. Tomás Astudillo, D. Antolin Martinez, D. Miguel Talavera, D. José M. Hermanos.—Guadalajara, D. Juan Gualberto, notario.—Guipúzcoa, ó San Sebastian, D. Ignacio Ramon Baroja.—Huelva, D. José Vicente de Osorno é hijo.—Huesca, D. Jacobo María Perez.—Jaen, D. Manuel Sagristá.—Játiva, D. Blas Bellver.—Jerez de la Frontera, José Puig Gener.—Leon, Viuda de Miñon é hijos.—Lérida, D. José Sol.—Logroño, D. Domingo Ruiz.—Lugo, Viuda de Pujol.—Lorca, D. Juan Bautista Campoy.—Málaga, D. Francisco Moya, D. José García Taboadela.—Murcia, D. Antonio Molina, D. José Galán, D. José Alcaráz.—Mahon, D. Domingo Orfila.—Morella, D. Francisco Javier Soto.—Navarra, D. Francisco Erasun y Roda.—Orense, Don José Ramon Perez.—Oviedo, D. Ramon Caselles.—Onteniente, D. Francisco Lluch, D. José María Caballero.—Palencia, Gutierrez é hijos.—Pontevedra, D. Nicolás Andrade.—Palma, D. Pedro José Gelabert.—Puerto de Santa Maria, Francisco Cañas, José Valderrama.—Reus, D. Angel Camí, D. Juan Bautista Vidal.—Requena, D. Calisto García.—Salamanca, D. Telesforo Oliva.—Santander, D. Manuel M. Ramon, D. Fabian Hernandez.—Segovia, D. Eugenio Alejandro.—Segorbe, D. Antonio Romani.—Sevilla, D. José María Fís, Sres. Vinet, hermanos y compañía.—La Andalucia, Gautier y compañía.—Sigüenza, D. Baltasar Pardo.—Tarragona, D. Antonio Puiggravi Canalls, D. Eduardo Gual, D. Jaime Aimat.—Toledo, D. José de Cea.—Teruel, D. Pedro Pa-

blo Vicente, D. Vicente Mallen.—Tortosa, Don Antonio Oliveres.—Valladolid, Hijos de Rodriguez, D. Juan Bueno.—Vizcaya, ó Bilbao, Don Tiburcio de Astuy.—Vinaroz, D. José Oliver.—Yecla, D. Leonardo Ros.—Zamora, D. Gerónimo Azpiazu.—Zaragoza, D. Vicente Andrés y viuda de Heredia.

ESTRANGERO Y ULTRAMAR.

Lisboa y Coimbra, Sres. Melchades é companhia.—Paris, E. Brachet, rue Jacob, núm. 30, Mr. Gustavo Rossange et compañía.—Londres, Nutt, 270 Strand.—Bélgica, Amberes, Max. Kernicker.—Bruselas, librería estrangera de los Señores Kiessling y compañía, 20, Unterden de la Cour, 25.—Italia: Nápoles, Pellerano.—Roma, Merle.—Florencia, Molini.—Alemania: Berlin, Asher y compañía, 20, Unterden linden.—Colonia, Eisen.—Francfort, Sur-Mein, Hermann.—Hamburgo, Meisner.—Viena, Sintenis.—Isla de Cuba: Habana, Charlain y Fernandez, D. Andrés Graupera.—Estados-Unidos: Nueva-York, Westermann y compañía.—Lima, Sres. Calleja y compañía.—Buenos-Aires, D. Federico Real y Prado.—Valparaiso, Sres. Tornem y compañía.—Méjico, Sres. Morales y Buxó.—Veracruz, Don Juan Carredano.—Manila, D. Manuel Ramirez.—Puerto-Rico, D. Ignacio Guasco, Sres. Mayans y Marzal.—Cienfuegos, D. Pascual Matías.—Gibraltar, D. Pedro Lopez.

La correspondencia se dirigirá á la redaccion del Museo literario, Valencia.

A toda suscripcion debe acompañar su importe, bien en libranzas contra esta tesorería á la orden de D. Peregrin Rius, administrador de este periódico, ó en sellos de franqueo: certificando en este último caso la carta.